

La comunidad abundante. Parte III

Iniciar con esa cita de los autores del libro que hemos estado revisando, es una elección provocativa. ([The Abundant Community](#).)

Recordemos que estamos analizando la lógica del consumo como aquella opuesta a la lógica de la comunidad. El razonamiento es el siguiente: La privacidad es enemiga de la comunidad porque extirpa los secretos personales del conocimiento de nuestros vecinos. De esta manera, los problemas se llevan a los profesionales y desaparece el ámbito comunitario. Por supuesto que lo anterior nos puede parecer exótico si no repugnante: Ventilar nuestros problemas con los vecinos es inaceptable en nuestro mundo actual. Una primera consecuencia es que la vida se vuelve muy solitaria. Vivimos en un espacio aislado cuya frontera son los extraños que viven en las casas vecinas.

Otra consecuencia es que la comunidad no existe para la solución de problemas comunes, como puede ser el relativo a la propia seguridad. Se vive la ilusión que con alarmas y protecciones se construye la seguridad y no, lo que se construye es una jaula.

En nuestra cultura tenemos todavía el concepto de familia extendida que sirve de red de ayuda para los problemas que eventualmente enfrentan algunos de sus miembros.

En estas familias se conserva el sentido de identidad solidaria que nos mueve al cuidado mutuo. Este cuidado opera en un ámbito de confianza en el que damos y recibimos sabiendo que la vida nos dará la oportunidad de regresar parte de lo que nos han dado, a otros miembros del grupo familiar. Con la movilidad que tenemos, los grupos familiares se dispersan y no se pueden cultivar los lazos de la misma manera. Así que ahora nos quedan nuestros vecinos. Esos extraños que llegaron a vivir junto a nuestra casa y de los que no conocemos absolutamente nada.

¿Y qué pasa con los problemas que nos son comunes? Simplemente, esta forma de vida nos ha vuelto incompetentes para enfrentarlos.

Recordemos que nuestra cultura actual cultiva y pregona el mito de la individualidad como su gran logro; sin embargo, creo que lo único que podemos hacer sin la intervención de algún otro ser humano es respirar. La comida que comemos, el agua que bebemos, todo ha sido tocado por manos humanas previamente. Aun cuando sea la mano invisible de la que habló Adam Smith, es, al fin y al cabo, una mano humana.

Recordemos que el ser humano es una especie gregaria y que vivir en aislamiento no es parte de nuestra naturaleza. La evolución nos ha preparado para la vida comunitaria como un mecanismo de supervivencia de la propia especie.

Podemos encontrar argumentos de diversa índole que nos llevan a

cuestionar la forma de vida que hemos adoptado.

Hemos transitado, en palabras de Knight y Brown, de ser ciudadanos a ser consumidores con base en “dos propuestas de valor: primero, que lo que los sistemas, instituciones y profesionales ofrecen, es un conjunto de bienes y servicios que son esenciales para una buena vida. Segundo, que los sistemas y profesiones son una buena manera de organizar el trabajo y son una estructura esencial para una sociedad exitosa.” “La promesa de una sociedad de consumo -que la satisfacción, prosperidad y paz mental puede ser comprada- es de muchas formas, romántica.” (p.42).

Actualmente se habla mucho de la restauración del tejido social, que está roto, que es urgente reconstruirlo. ¿Cómo se hace? En este momento me vienen a la mente las formaciones de aves que todavía podemos ver tanto al amanecer como cerca del crepúsculo. Las reglas que sigue cada ave son sencillas: Mira a tus vecinos, cuida la distancia y sigue la dirección del ave frente a ti. Tal vez para nosotros, seres humanos, no existan reglas tan sencillas; sin embargo, podemos explorar la primera: mira a tus vecinos. Expandirla: escúchalos. Hacerla más compleja: comparte y, como cereza del pastel, recibe.

Ahora reitero la invitación que he hecho previamente. ¿Quieres participar, de forma voluntaria, como instructor en los talleres de ciudadanía? Vale la pena la experiencia. Escríbeme.